

TODA MI VIDA HA ESTADO UNIDA A TI

A mi padre, en su X Aniversario

OFRECIMIENTO

No acierto a recordar, Señor, cuándo mis pasos me llevaron por primera vez ante Ti; cuándo en las piedras gastadas de la plazuela de tu Iglesia, encontré el más dulce de los caminos por el que transitar a lo largo de los treinta y tres años de mi vida; cuándo nuestras miradas se cruzaron en ese sublime instante en el que comencé a gustar ya del cielo de tu reino; cuándo mis temblorosos dedos rozaron por vez primera tu maltrecha espalda en una suave y eterna caricia, que llenaron mis manos de tu dolor contenido y sereno; cuándo tus ojos me atravesaron el alma y llenaron de luz mis entrañas, para desde ese momento ser para siempre de Ti, Señor; cuándo tus manos atadas a esa columna fría libraron las mías para que desde la libertad, sembraran semillas de Hermandad a cada paso que diera a lo largo de mi camino; cuándo descubrí este amor que, a raudales, brota de mi pecho, se aprisiona en mi garganta y se derrama en unas torpes palabras que hiladas con el hilo de la fe, de mi fe en Ti, buscan ser la más bella alabanza que ofrecerte en esta mañana.

Porque toda mi vida ha estado unida a Ti, Jesús en la Columna y a tu dulcísima Madre, mi Virgen de azul y serena Paciencia. No hay un recuerdo, una vivencia, una anécdota en mi vida que no tenga como principio y fin, origen y meta, razón y sentido: Tú, y mi Hermandad.

No pude encontrar mejor y más bello marco para mis juegos infantiles, que las bancas de la iglesia de Santiago; mejor y más profunda enseñanza para mi vida, que la recibida en horas de limpieza de enseres y de montajes de altares y pasos; mejor y más intensa luz para mis ojos, que la de un cirio en mi estación de penitencia bajo negra capa; mejor y más cálido abrazo para mi alma, que el de tus brazos, Señor; mejor y más hermoso sueño que mi Virgen de la Paciencia y mejor lugar en el que nacer, crecer y madurar mi fe, que en mi Hermandad de la Columna.

No sé si en los viejos muros de Santiago estaba escrito que un día me postraría a tus pies, Señor, y teniéndote así tan cerca, mirándote a los ojos y poniendo mi vida en tus manos, mis labios tuvieron el atrevimiento y la osadía de proclamar a mis hermanos tu Nombre...

No sé si en la espadaña de la esbelta torre de tu Iglesia, que cada tarde de Jueves Santo lanza un hondo suspiro al cielo de Carmona al verte marchar de su regazo en busca de tu pueblo, se adivinaba este encuentro en el que el silencio se hace palabra, los recuerdos páginas que releer y los sentimientos, prosa enamorada.

No sé si en tu Columna de amor a la que tantas veces he asomado mi vida y en la que tantas veces he quedado atada por las mismas cuerdas que amordazan tus benditas manos, se presentía que un día Tú y yo, frente a frente, con mi alma al descubierto, arrancaría de ella lo que el paso de los años ha guardado como celoso guardián, para ponerla en este momento ante Ti, mi Dios.

Pero sin embargo tengo la certeza que en mi corazón siempre ha estado grabado el anhelo de ser instrumento tuyo. Que a pesar de ser infinitamente pequeña ante Ti, como María, mi alma se engrandece cuando siento que Tú hablas a través de mí, poniendo palabras en mi boca; que puedo llegar a ser tus manos que acarician con ternura y que trabajan por construir tu Reino de Amor; que puedo ser tus pies que caminan por las calles llenitas de cal de mi barrio de Santiago llevándote, como los buenos costaleros de tu paso, allá donde falte la esperanza.

Por eso, sólo por eso Señor, en esta mañana quiero ofrecerte mis palabras, mis manos, mis pies, mi vida entera, para que *“no se haga mi voluntad, sino la tuya”* (Lc 22, 42).

*** Padre, me pongo en tus manos.**

Padre, me pongo en tus manos.

Haz de mí lo que quieras.

Sea lo que fuere, por ello te doy gracias.

Estoy dispuesta a todo.

Lo acepto todo,

con tal de que se cumpla Tu voluntad en mí
y en todas tus criaturas.

No deseo nada más, Padre.

Te encomiendo mi alma;

te la entrego con todo el amor de que soy capaz,

porque te amo y necesito darme,

ponerme en tus manos sin medida,

con infinita confianza,

porque tú eres mi Padre. Amén

* Carlos de Foucauld

TUS HUELLAS

“Cristo sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas.

*Él no cometió pecado,
ni se halló engaño en su boca;
injurado, no devolvía las injurias;
sufría sin amenazar,
confiado en Dios,
que juzga con justicia.
Él cargó con nuestros pecados,
llevándolos en su cuerpo
hasta el madero,
para que, muertos al pecado,
vivamos por la salvación.” (1 Pe 2, 23-24)*

Seguir tus huellas, Señor, seguirte sin condiciones, sin excusas, sin vacilaciones... Seguir tus huellas dejadas en las piedras de las calles que se tiñen de primavera al sentir el roce de tus pies, es seguir unas **huellas de sangre**, de dolor, de sufrimiento.

Traicionado con un beso por tu propio discípulo: “*¡Judas, con un beso entregas al hijo del hombre!*” (Lc 22, 48); abandonado por aquellos a los que llamaste amigos: “*ya no os llamo siervos, sino amigos...*” (Jn 15, 15); acusado de incitar al pueblo con falsas promesas de un reino del que Tú mismo dirías: “*Mi reino no es de este mundo*” (Jn 18, 36); humillado por unos soldados que te desnudan para recibir el peor de los castigos: **los azotes**; burlado, injuriado y cargado con un pesado madero; clavado en una cruz entre ladrones y muerto en la más absoluta soledad...

No, tus huellas no son fáciles de seguir, Señor, porque son huellas que comprometen nuestras vidas, son huellas que denuncian la injusticia, la marginación, la violencia, la desigualdad, la falta de amor entre los hombres...

Seguir tus huellas me hace fijar mis ojos en Ti, Señor en la Columna, y casi sin aliento recorrer todo tu cuerpo roto y desgarrado por cientos de latigazos en tu espalda, piernas, brazos, costados. Y en tu divino y a la vez humano rostro, descubrir esa pequeña gota de sangre que partiendo de la comisura de tus labios, se resbala por tu barbilla para morir confundida en tu delicada barba y nacer como semilla de vida, al caer en la tierra casi estéril de nuestro corazón.

¡Cuánto dolor en tu bendito cuerpo, Señor! ¡Cuánta mansedumbre en tu sereno rostro! ¡Cuántas huellas del horror de los azotes en tu propia carne! ¡Cuánto sufrimiento desde el monte de los olivos hasta el gólgota!

No, no es fácil seguir tus huellas porque no estoy dispuesta a *“llevar mi cruz”* (Mc 8, 34); *“a perdonar setenta veces siete”* (Lc 14, 4); *“a trabajar por la justicia”* (Mt 5, 6); *“a poner la otra mejilla”* (Mt 5, 39)...

Si no renuncio a mi yo, si no espero confiada en Ti, si no me hago *“el último y servidor de todos”* (Mt 20, 26), si no olvido mis prejuicios e impongo siempre mi verdad, *“si no pierdo mi vida por Ti”* (Mt 16, 25)... jamás entenderé esas huellas de dolor que dejaste en tu pasión hace más de dos mil años y que hoy sigues dejando al pasar por mi vida, al pasar por nuestras vidas.

Si mi ceguera me impide ver que las heridas de tu espalda hecha jirones curan mi debilidad, mis flaquezas, mis propias heridas, nunca descubriré que tras esas huellas de sangre hay otras huellas, unas **huellas de luz**: la de tu resurrección.

¡Que tu sangre, Señor, redima mi pecado de no verte y de no buscarte cada día en los demás!

¡Que tu dolor, Jesús en la Columna, sea revulsivo en mi vida para no apartar mi mirada de Ti y no volver la espalda a mis hermanos!

¡Que tus azotes, mi Dios, me haga vivir con autenticidad y sin mediocridades tu mensaje proclamado en el sermón de la montaña!

¡Que tus huellas, buen Padre, siempre dirijan mis pasos a la Hermandad para en ella **gastar mi vida** sin afanes de protagonismo ni vanagloria, teniéndote a Ti y a tu bendita Madre, como mi más alta dicha y honor y como mi mejor recompensa.

¡Que tu resurrección sea proclamada sin descanso por mis labios y jamás caiga en la tentación de olvidarme de Ti! Porque Tú estas vivo, Dios lleno de bondad y misericordia infinita, y yo no puedo hacer otra cosa que amarte y creer en Ti.

Y sin el anonimato de mi antifaz azul, hoy ante mis hermanos y mirándote a Ti, mi Cristo en la Columna y a la más tierna Madre, la Santísima Virgen de la Paciencia, proclamo sin miedo y sin reservas aquello que es fundamento y raíz para mi fe y para mi vida, aquello que para algunos, sobre todo para los jóvenes de hoy, ya no se lleva... porque ser cristiano, está pasado de moda...

Porque yo creo en tu presencia viva y vivificadora en el sacramento de la **Eucaristía**. En esa eucaristía que en el primer Jueves Santo de la historia, Tú nos dejaste en señal de tu amor sin medida hacia nosotros, aquella en la que cada vez que la recordamos, te haces presente: *“Pues cada vez que comáis este pan y bebáis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga.”*(1Co 11, 26)

Creo en tu **Espíritu** que me infunde sosiego y tranquilidad en mis horas de desvelo y que pone palabras en mi boca, para que proclame en medio de los hombres que Tú estás en el corazón de todo el que se deje habitar por Ti.

Creo en tu **Iglesia** que es Comunidad de hermanos, y que a pesar de sus flaquezas, se afana en hacer de este mundo el lugar que tú soñaste para el hombre y en el que se hará realidad tu promesa.

Y creo firmemente en Ti, **mi Dios**, en un Dios que cada Jueves Santo camina entre un mar de corazones por su barrio de Santiago, gritando en silencio desde una columna atado, en todas sus calles y plazas, en cada esquina de sus recortadas casas, las más bellas palabras que los oídos y el corazón puedan escuchar: *“Amaos los unos a los otros, como yo os he amado... Por el amor que os tengáis los unos a los otros reconocerán todos que sois discípulos míos.”* (Jn 13, 34-35)

Porque Tú, Señor, pasas por nuestro lado cada Jueves Santo, dejándonos marcadas en el alma tus huellas de sangre y de luz.

*** Y la presencia viva del Amigo**

Las huellas de sus pasos
y el eco de sus palabras
quedaron entre nosotros:
en los caminos que cruzan el mundo,
en el aire y en el agua,
en todos los puntos de la rosa de los vientos.

Señalan horizontes, despiertan esperanzas,
inundan el mundo con su luz.

Nadie puede borrar estas huellas,
ni ahogar con el silencio estas palabras.

Llevan hasta él
y dan el sentido transparente de su enseñanza,
la verdad desnuda de su vida.
Cualquiera que busque la Verdad,
cualquiera que desee la Vida,
quien tenga limpios los ojos y abierto el corazón
podrá descubrir esas huellas
y oír esas palabras.

Al ponerse en camino, siguiendo la llamada,

hallará junto a sí una presencia:
la presencia viva del Amigo que siempre le esperó.

* Vicente Serrano
"Las huellas de sus pasos"

TUS AZOTES

"Entonces, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarle, se lo entregó para que fuera crucificado." (Mt 27, 26)

El evangelista Mateo, aquel a quien al pasar junto a él le dijiste: "Sígueme" (Mt 9, 9) y lo dejó todo para seguirte, recoge de esta manera el momento en el que Pilato tras preguntarle al pueblo repetidamente por tu destino, decide contrariado el más cruel de los castigos: **los azotes**. Y no queriendo incumplir su palabra y tras lavarse las manos ante aquellos que te juzgan, te entrega a la cruz.

¿Por qué quienes vieron con sus ojos cómo curabas a enfermos y a leprosos, cómo multiplicaste unos pocos panes y peces y diste de comer a una multitud hambrienta, cómo convertiste el agua de unas tinajas en el mejor vino de una boda, cómo resucitaste a la hija de Jairo o a tu amigo Lázaro por quien incluso lloraste... en lugar de gritar con júbilo y alabanzas tu nombre, profieren con gritos y con odio en sus miradas, tu crucifixión?

¿Por qué nos dejamos manipular por el poder, nos dejamos llevar por nuestro querer ser más que los demás, por qué juzgamos tan fácilmente a quien no conocemos...? ¿Por qué nos olvidamos de Ti, Señor?

Por nuestra cobardía, por nuestro egoísmo, por nuestra falta de compromiso, por nuestra ambición, por nuestro olvido, por nuestras palabras que insultan y degradan, por nuestro tener y no ser, por nuestras vidas acomodadas en el feudo de nuestro yo... por tantas y tantas cosas, hoy como ayer, te azotamos sin piedad como aquellos soldados romanos, en una fría mañana lo hicieran.

Y a empujones te llevaron al patio del pretorio para allí despojarte de **tu túnica, tu única posesión en esta tierra** y de esta manera, desnudo y humillado, atan tus manos a una columna a la que te obligan a inclinarte y en la que vas a recibir el más cruento de los castigos.

Entre risas e insultos, caen los primeros golpes. Los brazos fuertes y poderosos de los soldados pronto comienzan a desgarrar la carne de tu espalda, costados, brazos, piernas, cuello... Las correas de cuero con huesecillos y bolas de plomo en sus puntas, rompen la blancura de tu cuerpo para dejar tras de sí un reguero de sangre producido por las heridas que con cada azote, se hacen más y más profundas.

Uno tras otro, los latigazos comienzan a desfigurar tu cuerpo. La práctica judía establecía una medida: **cuarenta menos uno**, para no excederse, para no humillar al condenado. Pero ¿qué medida era aquella en unos soldados entrenados para castigar sin piedad? En muchos casos, la medida era la muerte del condenado que caía desplomado al pie de la columna, ante la mirada impasible de los soldados.

Los golpes no cesan y Tú, sin un lamento, sin una queja, *“Como cordero llevado al matadero... enmudeció y no abrió la boca.”* (Is 53,7) soportas el brutal castigo que poco a poco, convierte tu cuerpo en un amasijo de carne.

En muchas ocasiones los condenados caían desmayados al suelo, pero Tú, Señor, continúas de pie, en silencio, **atado a la Columna**, mirando con compasión el rostro de quienes golpean una y otra vez tu cuerpo.

Ahora entiendo por qué los evangelistas son tan parcos en palabras. Mateo y Marcos tan sólo nos dicen: *“Después de azotarle...”* (Mt 27, 26; Mc 15, 15). Juan: *“Mandó azotarle.”* (Jn 19, 1) y Lucas ni tan siquiera hace referencia, acaso por la dureza y la crueldad de la escena.

¿Cómo narrar sin estremecerse y sin llorar amargamente tus azotes? ¿Cómo escribir la impiedad de unos soldados que destrozan a golpes de látigo tu cuerpo? ¿Cómo no sentirse avergonzados por no haber sido capaces de dar la cara por Ti y evitarte este tormento?

Y yo sin embargo, me atrevo a mirarte a los ojos y a contar esta dantesca escena a la que como espectadores asistimos. ¿Acaso no debería de llorar y avergonzarme por no hacer algo para que cesen, tras dos siglos, tus azotes? ¿Acaso no deberíamos todos llorar y avergonzarnos de que Cristo aún siga sufriendo a diario el martirio de la flagelación?

Porque en sus espaldas no para de golpear el látigo de la superioridad, la intolerancia, la injusticia...

Sobre su cuerpo golpea sin cesar el látigo del fanatismo, la violencia, las disputas por el poder y el prestigio social...

En su rostro brota la sangre de los que mueren de hambre, de soledad, en las guerras fratricidas, a manos de sus parejas, en una patera, o aún sin haber nacido.

Y Tú, Señor, continúas callado después de más de dos mil años...

¿Hasta cuándo Señor seguiremos flagelándote? ¿Hasta cuándo permanecerás atado a esa Columna? ¿Hasta cuándo nos mostrarás tu dolor

como ejemplo de tu entrega hacia el hombre? **¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo...!**

TU ROSTRO

“... Muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano...” (Is 52,14)

Tras la horrible escena de tu flagelación, quizás los soldados incrédulos y contrariados por verte aún de pie junto a la columna, contemplándote totalmente cubierto de sangre y con toda tu carne hecha jirones, te desataron las manos de la argolla a las que con una cuerda las habían atado.

En ese momento tu cuerpo roto y vencido por el brutal castigo, se desploma sobre el suelo del pretorio que con tu sangre habías teñido de rojo, y allí quedas tendido como un desecho humano.

¿Cómo quedó tu cuerpo, Señor, después de haber recibido tan despiadado castigo?

Mi corazón se estremece al imaginarte desplomado en el suelo, sin fuerzas ni tan siquiera para abrir tus ojos y no alcanzo a entender la razón por la cual, aún permaneces vivo después de haber recibido tan brutal castigo en todo tu cuerpo.

¿Y tu rostro, Señor, **dónde está tu rostro?** ¿Dónde tu mirada? ¿Dónde tus palabras que eran la esperanza para muchos hombres y mujeres que te seguían formando una gran multitud?

¿Acaso tus discípulos te reconocerían ahora como el Mesías que habían anunciado los profetas, como el Maestro por el que lo dejaron todo y que los había convertido en pescadores de hombres? ¿No eras Tú el Hijo de Dios, dónde estaba Dios entonces si ya ni siquiera tenías rostro de hombre?

De las frías lozas, tu cuerpo tirado como una inmundicia, sin apenas tiempo para recuperarse, es levantado a empujones por los soldados que te obligan a arrastrarte para conducirte a una de las salas del pretorio donde continuarán con sus burlas.

Y mientras cruzabas el patio nuevamente, los criados a tu paso se espantarían de ver tu maltrecho y desfigurado rostro que les obligaban a apartar las miradas de Ti y a esconder cobardemente sus rostros entre sus manos ante tanta barbarie.

¿Y no es acaso eso mismo lo que solemos hacer también nosotros, cuando en la televisión se nos muestra el horror del estallido de una guerra, cuando vemos morir a niños por desnutrición o cuando asistimos impasibles a la llegada de miles de inmigrantes desfallecidos a nuestras costas?

¿No es acaso eso mismo lo que hacemos nosotros cuando nos **avergonzamos** de nuestros hermanos, cuando nos enfrentamos por ocupar un cargo o un lugar de privilegio, cuando criticamos lo que el otro realiza creyéndonos superiores a él, cuando decimos "*perdono, pero no olvido*", cuando retiramos nuestra mirada o nuestro saludo... cuando simplemente no nos amamos?

¡Háblanos, Señor en la Columna, y ayúdanos con tus palabras a cambiar nuestras actitudes, a tener compasión y caridad con el hermano, a ser humildes como Tú, a construir y no destruir con nuestras acciones, a imitarte en todo Señor!

¡**Háblame, mi Dios**, dime todo aquello que mi corazón necesita escuchar porque desfallezco ante tanto horror, al verte humillado en tu desnudez, al sentir sobre mis espaldas los golpes del látigo!

¡Mírame, Señor, para que descubra en tu rostro golpeado mis propias miserias, para que al mirarte a los ojos descubra en ellos a ese Dios pequeño y grande a la vez, que da sentido a mi vida! ¿Porque qué soy sin Ti, Señor?

¡**Mírame, Dios atado a esa columna**, y déjame secarte tu frente ensangrentada y llena de sudor frío, déjame que limpie muy despacio las huellas de tu dolor, las huellas del odio y la mentira, de la vanidad y el desprecio. Hoy quiero limpiarte con el paño suave de mi alma las heridas abiertas de tus llagas, que sobre la bendita madera esculpiera hace doscientos dieciocho años Manuel García de Santiago!

¡Y mira si eres grande, Señor, que quien con delicada gubia talló tu rostro, tu pelo, tus manos, tus pies, tu espalda, todas tus heridas, el sudario con el que nuestra piedad viste tu desnudez... era **de Santiago**!

¡Mírame, Jesús, y dame tu fuerza, el valor, la constancia, la entrega suficiente para que nunca llegue a traicionarte y me aparte de tu lado, porque entonces, Señor, el no poder verte sería mi propia muerte!

TU MADRE

“María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.”
(Lc 2, 19)

¿Y tu Madre, Señor? ¿Acaso aún sin verte, no estaría sintiendo el dolor intenso de quien le arrebatan a un hijo, acusado injustamente por aquellos que bajo ningún concepto quieren perder su autoridad y su influencia?

Ella que guardaba en su corazón el saludo del ángel Gabriel; que guardaba la promesa de un Dios que la escoge para ser la Madre del Mesías esperado; que guardaba cada palabra que salía de tu boca, cada milagro que en tus manos hacía visible tu Divinidad, cada signo en su vida del amor de Dios... ¿Qué sentiría su alma al saber que habías sido condenado a sufrir el martirio de los azotes y que aún siendo inocente, ibas a ser crucificado?

¡No hay dolor más grande que el de María, que el de una Madre que llevó en su seno durante nueve meses a un Hijo y que ve cómo es ultrajado, golpeado, azotado... y al que le espera la muerte en cruz!

Y ahí estaba Ella, soportando junto a Ti, Señor, el dolor de los azotes, del desprecio, de la burla... Ella que confundida entre la gente, asistiría horrorizada a la sentencia de Pilato quien, cobardemente, libera a un malhechor y ordena tu crucifixión.

Ella siempre siguió tus pasos, llena de Paciencia infinita y como ahora, guardó un profundo y misterioso **silencio**, llorando desconsoladamente ante la crueldad de verte sufrir los azotes, de verte camino del calvario cargado con una pesada cruz a la que clavaron tus manos y tus pies, y en la que perdonaste a aquellos que iban a sesgar tu vida.

¡Madre llena de dolor y sufrimiento, Madre de la dulzura más hermosa, doncella virginal que engendraste en tus entrañas al mismo Dios, Señora de un barrio que te espera cada Jueves Santo a las mismas puertas de Santiago, para ver tu carita de azucena inmaculada!

¡Tú, **Virgen de la Paciencia**, sueño de mis sueños, aurora de mi mañana, amanecer de mis días, luz en mi oscuridad, fuente para mi sed, razón de mis anhelos, caricia para mi alma, sonrisa para mis labios, esperanza para mis ojos...!

En silencio guardas en tu alma y en tu corazón, cada golpe del látigo cruel sobre el cuerpo de tu divino Hijo. En tus ojos un mar de lágrimas que nos oprimen el corazón al contemplarte, se convierten en palabras a nuestros oídos que una vez más nos dicen: *"Haced lo que él os diga"* (Jn 2, 5). En tus manos la corona de nuestras espinas, de nuestras rivalidades, de nuestras faltas de amor hacia los demás... grita sin palabras tu sufrimiento al ver como a tu amado Hijo, cada Jueves Santo, le azotamos por Santiago.

Tú, Madre de dulzura, **fiel a tu "Sí" a Dios**, nos muestras en la profundidad de tu silencio el mejor de los ejemplos a seguir y a imitar: el estar siempre atentos a la escucha de un Dios que nos habla y que camina junto a nosotros, que necesita de nuestros corazones para vivir en ellos, que nos ama hasta el extremo de dar su vida por nosotros.

¡Ay, mi Virgen de la Paciencia, tierna Madre que tiendes tus brazos hacia nosotros para en ellos acoger a toda tu Hermandad, que extiendes tu manto azul sobre nuestras vidas para que sintamos el calor y la protección de tan buena Madre...! Ayúdanos a caminar siempre juntos, unidos en un mismo amor; que no exista entre nosotros falta de caridad y misericordia hacia el hermano; que a pesar de nuestras limitaciones, de nuestras flaquezas y debilidades, vivamos cada día una verdadera Hermandad donde todos construyamos caminos de paz y solidaridad y donde sintamos el profundo amor que Tú nos tienes y que nos regala, desde una Columna atado, el Hijo de tus entrañas.

¡Virgen bendita, Reina de cielo y tierra! Mira a estos tus hijos que se afanan por llevarte en sus vidas como el mayor de los tesoros recibidos, como el mayor premio para alcanzar la gloria eterna.

Madre de la espera y de la calma,
de la bondad y la ternura.
Madre del dolor y de la dicha,
del silencio y de la escucha.
Madre de los que no tienen madre,
Madre de todo el que te busca.
Madre de un barrio al que enamoras
al caer la tarde con tu dulzura,
en un Jueves que Tú haces santo
porque no hay madre más pura.
Madre, siempre madre,
no desoigas mis súplicas
¡ay, Virgen dulce y bendita!
haz mi vida más fecunda
y mis manos incansables
en horas de afanes y luchas.
Dame, Madre tu Paciencia

que Tú no me faltes nunca,
y en la hora de mi muerte
seas la luz que me alumbra
para encontrarme con tu Hijo
¡con mi Cristo en la Columna!

A MI PADRE

Tu dolor, Señor, cada Jueves Santo se dulcifica cuando tu sereno rostro aparece lentamente por el dintel de la puerta de Santiago y cientos de miradas se clavan en Ti.

A los sonos acompasados de las cornetas y tambores, se unen el son rítmico de cientos de corazones que aguardan impacientes tu llegada, que esperan contemplarte en tu caminar majestuoso por tu barrio de Santiago.

¿Qué te dicen, **Señor en la Columna**? ¿Qué te cuentan cuando a su lado pasas? ¿Y qué le dices Tú a quien sin palabras, te reza con el alma?

¡Cuántas oraciones silenciosas llegan a tus oídos! ¡Cuántos pesares y cansancios a tu corazón! ¡Cuántas alegrías y esperanzas a tus manos...!

Despacio, muy despacio, cada noche de Jueves Santo recorres una a una las calles de tu barrio. Y en las puertas abiertas de sus casas se cuelan entre aromas de alhucema y azahar, la fragancia de tus palabras.

En tu plazuela de Santiago nos hablas de amor y de Paciencia, por Calatrava abajo de compromiso y entrega, y en Dolores Quintanilla, de respeto y confianza. Por San José de justicia y de paz, en Fermín Molpeceres de vocación y servicio. Y en Juan Facúndez, en Juan Facúndez te dejas el alma, porque allí desde hace diez años, en el número uno de esa plazuela, **alguien te falta**: tu prioste eterno, tu más sencillo y humilde servidor, el más fiel guardián de tu casa.

Alguien a quien no le importaba ser el último, aquel que con su labor callada hablaba a gritos de entrega, de esfuerzo, de constancia, de **HERMANDAD** en mayúsculas. Alguien que siempre supo estar rodeado de chavales tal vez por sus raíces salesianas o sencillamente porque entendía mejor que nadie, que había que sembrar en lugar de trillar... Aquel que se afanaba cada tarde en abrir tu templo de par en par para que todos pudiéramos mirarte, hablarte cara a cara. Alguien para quien las palabras nunca fueron fáciles, pero que en cambio su inmenso corazón se prodigaba en alabanzas. Aquel que se emocionaba al ver a tu dulcísima Madre radiante en su paso de palio, que como la mayor obra de su amor, con sus manos y con su corazón cada Semana Santa le ofrecía. Alguien que dejó como la más inmensa e inagotable de las herencias a sus tres hijos: **su fe y su profundo amor a su Hermandad**. Aquel que una noche de **Lunes Santo** quiso encontrarse contigo, Jesús en la Columna y con su

Virgen de la Paciencia. Ella siempre fue su mayor anhelo y hacia Ella se dirigieron sus últimos pensamientos, sus últimas palabras, que como el más delicado, hermoso y sencillo de los piropos, se elevó al cielo, llevándolo tras él al decirle: “¡La más guapa!”.

Aquel que siempre estará presente en mi vida y del que siempre me sentiré orgullosa de ser **su hija**. Porque a él le debo cuanto soy, esta manera de sentirte Señor y que hoy esté junto a Ti, mi Dios, en esta mañana.

Él fue quien guió mis primeros pasos ante Ti; quien me mostró el camino seguro y certero a seguir hasta tu Iglesia de Santiago; quien me hizo mirarte para que quedase, como ÉL, atrapada en tu mirada; quien por vez primera acercó mis dedos a tu espalda para que aprendiera a acariciarla y a curar en ella mis heridas; quien me enseñó a quererte y a ofrecerte mi vida por entero; quien puso tus manos en las mías para que me sintiera confiada en ellas; quien me dejó las palabras más hermosas en el corazón para que hoy, aquí y en su nombre, te las dijera.

Porque toda mi vida ha estado y estará unida a Ti, Jesús en la Columna, y a tu dulcísima Madre, mi Virgen de azul y serena Paciencia, como siempre lo ha estado y siempre lo estará unida a **MI PADRE**.

POR ÉL Y SÓLO POR ÉL, HOY TE HE OFRECIDO ESTAS PALABRAS...

Lucía Jiménez Fernández
Carmona, 18 de marzo de 2007